

# Pensar en la Historia con Marx (1818-2018)

*Thinking History with Marx, 1818-2018*

**José Antonio Piqueras**

*Universitat Jaume I*

**¿Cuáles considera que han sido las principales contribuciones de Marx a la concepción de la Historia y la historiografía?**

El marxismo, según lo desarrolla Karl Marx, me parece esencialmente un método, no una teoría general ni una filosofía. Con frecuencia es presentado como una teoría social y, asociado a la acción política transformadora, como una filosofía de la praxis. Para el trabajo de historiador tiene sentido en tanto método de análisis.

El materialismo histórico fue concebido por Marx como un método de conocimiento de la sociedad pasada y presente, si se prefiere, del pasado hacia el presente, que en términos de Marx sería más correcto. Es un método que se considera conforme a la naturaleza de la realidad estudiada, no es una mera técnica analítica. La obra de Marx se encuentra saturada de historia a pesar de que nunca escribe un libro de Historia. El análisis del derecho, del conflicto, de los grupos sociales, de la sociedad, de la economía (esa fue la secuencia de sus preocupaciones intelectuales), es en Marx eminentemente histórico porque considera que cada hecho social o económico se ha formado en un proceso temporal —de duración diversa— en el que interactuaron factores de diversa índole, personales e impersonales; sin acceder a la génesis y desarrollo de tales

factores no es posible desentrañar el lugar que han venido a ocupar en el conjunto, ni la función que desempeña ni, por emplear una expresión hoy muy difundida, su significado.

Marx dedica la mayor parte de su obra a explicar el capitalismo. Su formación e inclinación primera, sin embargo, es la de la filosofía del derecho, posiblemente la menos jurídica de las materias de Derecho y la menos filosófica de las materias de Filosofía, orientada frecuentemente a la teoría y naturaleza del derecho y del ordenamiento jurídico, justo cuando en Alemania y en otros países europeos el Estado se hallaba en intenso proceso de reedificación en un sentido liberal y las formas de propiedad anteriores, feudales, estaban siendo materia de apropiación privada. Hegel le proporciona la manera de pensar los cambios, las claves que pronto Marx, declarado materialista, invierte. La secuencia es conocida: en Francia se embebe de teoría social, las ideas con las que dos generaciones de pensadores, desde la revolución, han pretendido explicar el ordenamiento de la nueva sociedad burguesa y sus desarmonías que mantienen viva la brasa de la protesta; Inglaterra le pone en contacto con la economía política, a la que traslada su atención. Esta explicación casi canónica del aprendizaje intelectual de Marx omite la poderosa influencia que ejerce en él la historio-

grafía francesa liberal, los Thierry, Guizot, Mignet, Thiers, volcados en considerar la revolución o revoluciones como expresiones fundacionales de la nueva sociedad, de atribuir una base sociológica a la historia, una intencionalidad a agrupaciones sociales que definen como clases. Son las herramientas que Marx adopta y, al igual que sucede con el hegelianismo, se las apropiá y adapta. En cuanto a la economía política, la primera tarea a la que se aplica es su crítica sistemática, lo que le consume más de una década y todavía se halla presente a lo largo de *El capital*. La crítica a la economía política anterior y contemporánea tiene tres dimensiones: una es conceptual; la segunda es funcional, sobre cómo se explica el orden del capitalismo, la naturaleza de la mercancía y la relación con ésta del trabajo, la producción y circulación, la ganancia, etc.; la tercera dimensión es histórica, sobre cómo se ha generado el capital antes del capitalismo, la formación de clases básicamente a partir de la articulación de intereses, la transformación de las instituciones. Pero también el debate sobre los conceptos de la economía política está jalónado de referencias históricas porque a diferencia de la economía clásica, las categorías que Marx depura en su análisis del capitalismo no son absolutas e intemporales sino estrictamente históricas. El capitalismo es una economía históricamente determinada, nos dice.

El método es crítico y es histórico. Ambos supuestos son necesarios para desvelar las contradicciones que a cada paso caracterizan cualquier sociedad donde los intereses se contraponen. La primera cualidad del método que Marx pone en pie es la adopción de una lente histórica en la observación de todo fenómeno, sea material, social, cultural o espiritual. Esa perspectiva incluye observar el presente en su dimensión histórica, diluyendo la distancia entre

pasado y presente porque su afán es dirigirse a los hombres y mujeres de su tiempo.

En segundo lugar, se sirve de un conjunto de categorías analíticas (relaciones sociales de producción, fuerzas productivas, clase, modo de producción, formación social, etc.), nociones que no son concebidas como artificios ni como «tipos ideales» que ayudan al conocimiento práctico, sino que han sido elaboradas sobre el estudio de la sociedad observadas en un tiempo dado. La época en la que Marx vive le permite comparar la nueva sociedad con la precedente, todavía en proceso de modificación en numerosas partes de Europa. El ejercicio de abstracción no implica imaginar la economía campesina feudal porque el tardofeudalismo está reciente y subsiste en amplias regiones, incluidas las que toman la delantera y sin embargo «el muerto atraña al vivo». Marx, en cambio, duda al definir modos de producción anteriores o distintos. Así, habla de un modo de producción asiático y otro «antiguo», que a veces, no siempre, califica de esclavista.

Naturalmente, concibe la sociedad como una totalidad. La noción requiere precisiones, pues a diferencia de las tesis del funcionalismo esa totalidad no implica un equilibrio más o menos estable orgánicamente integrado en todos sus elementos, de manera que modificando alguno se sacude la estructura. Los factores de la sociedad se encuentran jerarquizados. En esa totalidad, operan grupos sociales constituidos o en proceso de constitución y de disgregación, porque aun presentándose en torno a un modo dominante de producción, por ejemplo en la articulación económica establecida por el capital, este es también un proceso abierto; de igual modo, las clases son esencialmente relaciones sociales y, por lo tanto, se hallan en continua modificación, en «condimentación».

En tercer lugar, dado que su método se



Obrero en una fundición de Oregón, EEUU, ca. 1910 (Fuente: Oregon State University).

propone el conocimiento de la sociedad, nos advierte de que no es ajeno a una determinada concepción sobre la cognoscibilidad de la realidad, y esta es aprehensible en su compleja contradicción por medio del método dialéctico. Es la dialéctica hegeliana invertida en su orientación: sustituyendo el Espíritu por la realidad material en la que se halla instalada la vida social. Sin el método dialéctico, Marx dirá de forma peyorativa, el conocimiento se vuelve metafísico. La mirada dialéctica es la que posibilita explicitar lo implícito, emerger las condiciones que permanecen veladas a los individuos que se hallan inmersos en procesos en los que median determinados factores económicos e ideológicos o culturales; en la economía capitalista, supone indagar en las formas de explotación y de dominación, en la conciencia de los seres humanos objetivamente explotados y ajenos a la causa de esta y a su condición. Sin la dialéctica no se llega a captar la con-

tradicción inherente a la sociedad, a comprender la formación de las clases como las entiende el marxismo (aunque no todos los marxismos ni los autores marxistas lleguen a las mismas conclusiones). Trasladándonos a contribuciones posteriores, sin dialéctica tampoco es posible comprender el concepto de «hegemonía» en el sentido que lo explica Antonio Gramsci, que no lo circunscribe a términos de poder de un partido o del Estado sobre la sociedad, como sucede con su apropiación bastarda en nuestros días por la derecha política, sino de unas clases sobre otras. Sin mirada dialéctica no ha lugar a comprender los escritos de George Lukács, Walter Benjamin o, en otro plano, de Jürgen Habermas.

El método dialéctico es consustancial al materialismo histórico en Marx y en los marxistas. Engels lo consideró el segundo pilar de la concepción comunista y habló de materialismo dialéctico. Pero esa es otra historia, no siempre afortunada. En la dé-

cada de 1920 y 1930 su uso reduccionista en el marxismo ruso despertó la protesta de marxistas occidentales como Lukács y Gramsci que reprocharon a Bujarin la omisión de la dialéctica en su libro *Teoría del materialismo histórico*, quien a la vez, anticipándose a Stalin, proclamaba que era la única filosofía «científica». Precisamente, el problema aparece en el marxismo (y para el marxismo) cuando la dialéctica se convierte en una filosofía y en una «ciencia del conocimiento», en lugar de ser una praxis de pensamiento. Su colisión con la lógica del historiador es inevitable, pues aquella se erige en verdad que dicta la realidad frente a la contrastación de las categorías con los hechos verificables, la materia empírica que conduce a revisar las reglas que hemos conferido provisionalmente a esas mismas categorías, o a reelaborarlas.

En cuarto lugar, Marx no cesó de elaborar teorías específicas. Una teoría no es una filosofía de la historia, de la ciencia o de la sociedad. Una teoría es una explicación debidamente informada que nos adelanta en el conocimiento gracias a que hace proposiciones, sienta principios, formula hipótesis probables y previsiones, no siempre verificados empíricamente, como sabemos por las ciencias experimentales, donde pueden resultar inverificables más allá de una ecuación sofisticada. Marx elaboró teorías sobre el cambio histórico (la contradicción entre crecimiento de fuerzas productivas y las relaciones de producción que contiene y en un momento frenan ese crecimiento), sobre el valor-trabajo (generador de la plusvalía), sobre las crisis periódicas en el capitalismo y su capacidad de transformarlo (aunque llevado por un optimismo injustificado que legaría a la Segunda Internacional, pensaba que las crisis erosionaban de tal manera al capitalismo que lo abocaba a un colapso más o menos cercano), sobre la determinación de la conciencia por

la realidad material, sobre la función de la alienación, etc., etc.

*El capital* se ofrece como una crítica de la economía política burguesa, y en ese sentido se propone desvelar lo que el pensamiento de la economía clásica había mistificado de su funcionamiento. El propósito inicial, sin embargo, es superado en su realización, para convertirse en una «teoría» acerca del capitalismo. Una teoría inconclusa, como sabemos. Pero conviene recordar que aparte del deterioro de la condición física del autor, el volumen segundo de la obra queda paralizado por una cuestión estrictamente histórica: Marx ha formulado lo que llama la «Ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia», convertida en un axioma que explica las crisis cíclicas, pues al reducirse el beneficio decrece la inversión, crece el desempleo y la recesión es el desenlace inevitable, hasta que se reactiva la competencia de los supervivientes, de lo que saldrá una nueva fase económica expansiva. En pleno proceso de redacción de esta sección de *El capital*, la crisis comercial que se arrastraba desde 1873, seguida de la crisis industrial y financiera, conducen a Marx a afirmar que no entregaría el manuscrito al editor hasta que la crisis hubiera alcanzado su punto culminante, ya que estaba convencido de que era un fenómeno distinto de las crisis anteriores, entre otras razones porque tenía un alcance general que comprendía a los Estados Unidos, América del Sur, Australia y el corazón de Europa. Solo cuando el fenómeno alcanzara su madurez, escribe en una carta a Danielson, estaría en condiciones, dice, de consumir esos acontecimientos «teóricamente». No era posible formular una abstracción teórica sin examinar y comprender los fenómenos reales, históricos, y no es posible el conocimiento sin acudir a categorías explicativas, pues la suma indefinida de casos particulares por sí mismos nunca ofrecerán una idea cabal

de causalidad, interdependencia, relación, etc. Años atrás, Marx ha creído estar en condiciones de explicar el capitalismo y se ha dado a la tarea de hacerlo. Entre 1875 y 1879 se halla paralizado en el proceso de redacción porque se encuentra observando la realidad económica, su presente histórico, sin el cual no puede extraer una conclusión «teórica», no puede hacer una abstracción de un fenómeno inconcluso. En suma, eso significa que el capitalismo, como sistema histórico, estaba en fase de constitución cuando él —la voluntad antepuesta a la razón— había pensado que se dirigía a su declive.

El propio Marx entresaca de *El capital* un fragmento, gracias a lo cual nos indica *cómo hemos de leerlo*: no como una teoría completa, terminada, sino atendiendo a realidades concretas, históricas, en países concretos. Lo hace en una célebre carta a Vera Zassulitch, de 1881. Allí le recuerda que la expropiación de los cultivadores, que estaban en la génesis de la acumulación capitalista, solo se había realizado de manera completa en Inglaterra, aunque la tendencia era común en todos los países de Europa occidental, previsión que acabaría cumpliéndose, como sabemos. Pero a continuación explica a su interlocutora que esa «fatalidad histórica» —la expropiación de la forma en que se hacía— se hallaba reducida a los países de Europa occidental, donde el cultivador directo era reemplazado por la propiedad privada. En otras realidades, añade, la transformación podía ser distinta. Él no había formulado ni una ley general ni una teoría general porque el mundo pre-capitalista era sumamente diverso y se hallaba mal conocido. A veces olvidamos el estado de los conocimientos históricos en 1835-1880. Sobre este último, hizo acopio de notas y redactó borradores, precisamente los conservados en los *Grundrisse*, que tanta difusión alcanzaron cuando en 1964

los reeditó Eric Hobsbawm precedidos de una larga introducción como *Formaciones económicas precapitalistas*.

El apartado específicamente histórico de *El capital*, el capítulo XXIV, dedicado a la acumulación originaria de capital, es un texto central para el crecimiento de la historiografía en el siglo XX, sea marxista o no marxista. En él bebió Maurice Dobb para sus ensayos sobre el origen del capital, y a partir de estos y del texto de Marx se desarrolló la rica controversia sobre la transición del feudalismo al capitalismo (de los economistas Dobb y Sweezy, a los historiadores), la caracterización de la coerción extraeconómica como factor decisivo del régimen feudal (que rescató Kohachiro Takahashi), y su incidencia posterior en los teóricos del sistema-mundo (los sociólogos Wallerstein y Arrighi). El breve capítulo XXV, sobre la moderna colonización (tema del que se había ocupado en varias ocasiones), ha incidido directamente en los estudios históricos.

La obra de Marx es asimismo una invitación a practicar la historia social. Escribió Marshall Berman (*Aventuras marxistas*) que *El capital*, por encima de las restantes obras de su autor, sacaba a la luz su visión de la vida moderna como una totalidad. Esa visión consumía miles de páginas que en el primer volumen incluía a cientos de personajes con voz propia: tenderos, aparceros, mineros, molineros, poetas, publicistas, doctores, clérigos, filósofos, políticos, famosos y anónimos, con una fuerza y habilidad que solo hallamos en *Las ilusiones perdidas* de Balzac o *Casa desolada* de Dickens. Una sucesión de voces con acentos distintos que recrean el cuadro social de una época y un régimen social. Claro, que todas esas voces, debemos añadir, quedan sepultadas por un argumento económico que en esta exposición reduce unidimensionalmente al ser humano. Es el marxismo posterior a Marx, de los años 1930 y

después, el mismo que se interroga por la ausencia de correspondencia entre crecimiento del trabajo asalariado, proletarización, empobrecimiento del campesinado y explotación económica, y subordinación o pasividad de las clases subalternas, el que reacciona contra la previsión más o menos mecánica incumplida, sobre los límites y plazos de la «determinación» económica, y sobre qué debemos entender por determinación a la vista de los factores extraeconómicos que la modifican, en una sociedad, la capitalista, en la que supuestamente las relaciones entre clase habían pasado a ser exclusivamente económicas.

La contribución de Marx a la concepción de la Historia se desprende asimismo de las dos obras en las que analiza políticamente la coyuntura de 1848: *Las luchas de clases en Francia* y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. La relación entre clase, intereses y política es ilustrada en un ejercicio de pensar el presente como si fuera histórico.

Me detendré en Marx, y lo haré aquí, sin comprender la obra personal de Engels (*La situación de la clase obrera en Inglaterra* y el *Anti-Düring*, serían pertinentes) y no avanzaré en el marxismo posterior a fin de evitar todo un ensayo.

### **¿Qué aportaciones fundamentales realizó la historiografía marxista del siglo XX?**

En el siglo XX, que es el siglo a lo largo del cual se institucionaliza la Historia como una disciplina académica en un sentido moderno en la mayor parte de los países, el marxismo ha estado presente en la historiografía, «contaminando» incluso libros que difícilmente admitirían esa etiqueta. Las categorías definidas por los clásicos, el vocabulario, elementos que no formaban parte del lenguaje de los historiadores antes de Marx, Engels, Lenin, Trotsky,

Gramsci o Benjamin, entre otros muchos, son inseparables de buena parte de la historiografía moderna desde 1925. También la selección de cuestiones que el marxismo consideró relevantes. Hay un marxismo creativo que se desarrolla fuera de Europa, particularmente útil para pensar realidades no europeas, como el de Mariátegui. Probablemente, junto con el historicismo, es el primer método histórico en universalizarse y hacerlo con contribuciones locales y corrientes que a partir de 1945 se diversifican y en ocasiones compiten entre sí, no solo por alzarse con el sello de la verdadera ortodoxia sino en un abierto espíritu «heterodoxo».

En el siglo XX se desarrolla un marxismo historiográfico creativo, esto es, una historiografía que responde a las exigencias del oficio y explora la realidad pasada desde el marxismo, a la vez que reevalúa los instrumentos del marxismo al ser contrastados con esa realidad pretérita empíricamente verificable. Por lo general, se menciona aquí al Grupo de Historiadores del PC británico, a los llamados historiadores marxistas británicos (Hill, Hobsbawm, Thompson, Hilton, el economista Dobb, el agregado Rudé, el habitualmente omitido Raymond Williams...). Pero eso es un reduccionismo historiográfico muy poco «histórico». Mucho antes, en 1924, George Lefebvre abordaba el papel de los campesinos durante la Revolución francesa con una perspectiva marxista abierta, que reproduce en su interpretación de *La Grande Peur*; su marxismo va haciéndose más explícito con el paso de los años, es decir, más conforme con las formulaciones y el vocabulario, como sucede con su discípulo Albert Soboul, pero la perspectiva marxista está presente desde el principio. Como se encuentra en alguien que transita del marxismo a formulaciones eclécticas sin desprenderse de las categorías de aquél, como Ernest Labrousse; sin



Trabajadoras en Inglaterra, en torno a 1920 (Fuente: The Library of Congress).

adscribirse al materialismo histórico, se hallan presentes —incluso como plan de estudio— en la obra de Marc Bloch. Más explícitos resultan los libros de los trinitarios Eric Williams y C.L.R. James.

Después de 1945, el marxismo orientó los trabajos de la historiografía francesa del trabajo (Rebérioux, Droz, Haupt, Lequin, Perrot, etc.) que vino a aglutinarse en torno a la revista *Le Mouvement Social*, la obra de Pierre Vilar, tan influyente en España durante los años setenta y ochenta del siglo XX, la historiografía italiana más dinámica (Villari, Manacorda), y la relación puede extenderse de manera considerable. A ese marxismo creativo pertenecen varios historiadores españoles, entre los que destacaré, circunscribiéndome al ámbito del contemporaneísmo, a Enric Sebastià, Josep Fontana y Juan José Carreras. El marxismo se encuentra en los estudios sobre esclavi-

tud del estadounidense Eugene Genovese, del cubano Moreno Fraginals, de la brasileña Viotti da Costa, su influencia se deja sentir en la *New Labour History* estadounidense. Sin la relectura de Gramsci no hay lugar a los *Subaltern Studies*, el movimiento de estudios poscoloniales pujante desde los años 1980. De orientación marxista es el movimiento *History Workshop*, que con Raphael Samuel a la cabeza generó una corriente participativa en los talleres que organizaba y que diluía la frontera entre académicos, estudiantes y «gente común». El jamaicano Stuart Hall estuvo entre sus promotores y su figura es inseparable del auge posterior de los *Cultural Studies*. El estructuralismo althusseriano alentó una revisión de la historiografía marxista, en mi opinión en un sentido opuesto a todo lo que venimos enumerando, tan rígido y teórico bajo su apariencia anti-dogmática.

Es otro reduccionismo considerar que en los países socialistas solo se produjo doctrina histórica o textos acartonados. Los libros que circularon en occidente en los años sesenta y setenta desmentían esa aseveración. Los nombres de los polacos Witold Kula —partícipe de una historiografía muy extensa y rica, particularmente en los ámbitos de la historia rural y de la historia económica—, de los soviéticos Anatoli Ado, Boris Porshnev, y Alexandra Lublinskaya, de los germanoorientales Manfred Kossok o Max Zeuske, del checo Miroslav Hroch, son la mejor demostración.

Como vemos, la diversidad es tanta, y en ocasiones tan contradictoria, que sobre Marx y el marxismo se levanta una historiografía que en gran medida es la historiografía del siglo XX. Obviamente, no es toda, ni toda la mejor, ni pueden olvidarse contribuciones como las de Braudel, cuidadosamente no-marxista e interesado en edificar un modelo estructural weberiano alternativo a la historia marxista estructural y a la no estructural (el aborrecido acontecimiento). No está ahí gran parte de la historia económica de la segunda mitad del siglo XX, ni la mayor parte de la microhistoria, la historia desde una perspectiva de género (con unas pocas excepciones), un amplio sector de la nueva historia política o muchos de los recientes estudios culturales. Señalaba Isaac Deutscher en su libro *Herejes y renegados* que uno de los problemas de la izquierda antiestalinista es que estaba integrada en gran parte por excomunistas. Pues bien, no como problema sino como constatación de antiguas huellas que pueden rastrearse (en algunos casos en reacción a las mismas) sucede que la historia alternativa al marxismo estuvo promovida en no escasa medida por antiguos marxistas desengaños: Furet, Le Roy Ladurie, Agulhon en Francia, Fogel en los Estados Unidos, Ginzburg en Italia, entre otros muchos. En ese sentido,

el marxismo ha sido también la cultura de una época: era la cultura crítica de la sociedad capitalista y de las circunstancias que habían llevado a formarla desde el pasado sobre la desigualdad, la explotación, la injusticia, el dominio y la opresión, y los procesos que profundizan en la alienación de los seres humanos y les distancia de objetivos emancipadores. Su mengua es indicativa de sus insuficiencias y posiblemente de sus errores, pero también de la hegemonía incontestable de otras formulaciones culturales en la era de la globalización (capitalista) y de la profundización en el abismo norte-sur.

### **¿Cuál es la situación actual del marxismo en los estudios históricos?**

La influencia del marxismo en la historiografía se encuentra en retroceso desde los años setenta y ochenta. Aunque el marxismo occidental, el de mayor incidencia en la historiografía, era ajeno a los modelos ortodoxos imperantes en los países socialistas, el derrumbe del socialismo «realmente existente» provocó un tsunami que arrastró consigo en todo el mundo ideales comunitarios y perspectivas marxistas de análisis histórico. Esa circunstancia, a partir de 1989-91, es inseparable de dos procesos anteriores: el primero es la quiebra a partir de 1968 de la identificación entre izquierda transformadora y marxismo en la forma —incluso plural— en que había sido entendido (una herencia de las «revoluciones» del 68), que en el terreno de la historiografía conduce a seleccionar nuevos temas y nuevos sujetos o a cuestionar desde postulados críticos no-marxistas las raíces del poder, la sociedad y el conocimiento (Foucault, Derrida, el posestructuralismo, la posmodernidad); el segundo proceso que antecede al eclipse de 1989-91 es la «revolución conservadora» que elevó el neoliberalismo a

pensamiento global, trasladó la ideología a prácticas políticas y económicas nacionales y se apuntó el último tanto en el juego de la Guerra Fría, dejando el camino expedito a la gran globalización actual. La pérdida de prestigio intelectual del marxismo ha sido paralela a este devenir del último medio siglo, en especial de los treinta últimos años.

Sucede, sin embargo, que la historiografía se ha hecho mucho más plural a medida que se multiplican las escuelas universitarias en todos los países desarrollados y en vías de desarrollo, países que pueden financiar estudios que hace tiempo han dejado de considerarse «prácticos» y conservan un papel nacionalizador residual. Al mismo tiempo, la Historia, de saber crítico, de conciencia documentada sobre el pasado colectivo, va reduciéndose a mercancía desprovista de otras consideraciones y, como tal, el producto queda sujeto a una demanda orientada por un público que busca entretenimiento y a veces espectáculo, totalmente distanciado de una historia problemática y crítica, vertientes que se han desplazado al ámbito minoritario del ensayo.

Revisando la evolución del marxismo en el último medio siglo, hallamos que los nuevos estudios y planteamientos se han situado en las esferas de la filosofía, la ciencia política, la teoría política y social, de la economía en menor grado, etc. El marxismo ha quedado atrapado por la filosofía, después de todo. El caso de Althusser es uno más entre muchos. Con experimentos historiográficos que es mejor olvidar. Hasta llegar al neomarxismo, una corriente que se decía al rescate frente a tradiciones escolásticas y se ha mostrado estéril en aportes al historiador. El denodado esfuerzo llevado a cabo por Gerald Cohen (*La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*) no ha producido un solo libro de historia digno que siga sus planteamientos. En general, el

marxismo analítico, desprovisto de dialéctica, que considera una antigua lla hegeliana, se convierte en un funcionalismo.

En esos debates se echa en falta a los historiadores, convertidos en usuarios de una caja de herramientas conceptuales en lugar de contribuir a diseñar los instrumentos, como en el pasado hicieron, entre otros, Hobsbawm, E.P. Thompson o, desde la sociología histórica, Perry Anderson, en particular en sus trabajos de los años setenta y ochenta. Poner fechas en este asunto, como se ve, nos conduce a un pasado cada vez más distante.

### **¿Qué posibilidades existen del desarrollo de una historiografía marxista en el siglo XXI y sobre qué fundamentos debería apoyarse?**

En las últimas décadas, los historiadores e historiadoras han regresado cada vez con más frecuencia a llenar su cesto en el supermercado de las ciencias sociales. La necesidad de sofisticar su trabajo distanciándolo del positivismo ramplón, tan extendido, y la presión a la que los más jóvenes se ven sometidos de abrirse camino académico con planteamientos innovadores, genera una demanda incesante de «nuevas» perspectivas, nuevas técnicas, nuevos conceptos. Ahí entran los temas *sexy*, seductores, livianos unas veces y graves otras, casi siempre muy humanos pero sin asomo de ofrecer respuesta a las preguntas que los contemporáneos puedan hacerse sobre su explotación, cómo domina la clase dominante, el papel de la tecnología en el trabajo y la producción, la reconfiguración de clases, si eso que un día llamaron capitalismo sigue vigente y sobre qué fundamentos, o por qué la subjetividad se convirtió en la medida de las cosas mientras «el mercado» (impersonal) redefine lo que es un puesto de trabajo y la capacidad adquisitiva del

salario en nombre de la competitividad en sociedades «modernas».

En *La ideología alemana*, Marx y Engels escribieron que la Historia, prescindiendo de su base real, que era la producción para la vida, se veía obligada a compartir en cada época histórica las ilusiones de esta época. La cita acerca de la historiografía que predominaba en 1846, es como sigue: si «una época se imagina que se mueve por motivos puramente ‘políticos’ o ‘religiosos’ [...] el historiador de la época de que se trata acepta sin más tales opiniones. Lo que estos determinados hombres se ‘figuraron’, se ‘imaginaron’ acerca de su práctica real se convierte en la única potencia determinante y activa que dominaba y determinaba la práctica de estos hombres». Pareciera que escribían sobre quienes hoy interpretan el pasado conforme lo experimentaron los individuos, en una apoteosis de la subjetividad que nos distancia de las condiciones y la acción colectiva, como si estas no hubieran sido experimentadas también.

Siguen publicándose buenos libros marxistas de Historia. Muchos más de los que nunca hubo antes de 1960. El marxismo será útil a los historiadores mientras sepan examinar racionalmente el pasado y no olviden que escriben para lectores no

imaginarios que tienen en alta estima su individualidad, sin que eso los convierta en cautivos irremediables del individualismo posesivo que para la inmensa mayoría es una quimera. Ciertamente, cualquier determinación se hizo odiosa en cuanto menoscaba la ilusión de una autonomía de la persona, concebida como cualidad humana inherente en lugar de lo que histórica —e incompleta— ha venido a ser, una conquista con avances y retrocesos.

La Historia, como la Filosofía, la Sociología y otras ciencias de la sociedad, es inseparable del conocimiento que apela a la reflexión y a la conciencia humana. El marxismo seguirá siendo útil a los historiadores si alcanza a desprenderse de cualquier tono doctrinal y es repensado conforme al presente y a las oportunidades que la complejidad actual nos ofrece, también para elaborar nuevas categorías de análisis del pasado y escoger problemas dignos de estudio. Pensar la Historia con Marx en el siglo XXI posee la ventaja de que podemos beneficiarnos de la lectura crítica de una tradición intelectual posterior a Marx, extraer conclusiones de los cambios que hemos llegado a conocer, y atender el desafío de ofrecer explicaciones a cuestiones nuevas y nuevas interpretaciones del pasado.